

RECENSIONES

NICOLÁS GONZÁLEZ LEMUS, *La mirada inacabada. Naturaleza y sociedad canaria vistas por viajeros alemanes (desde Humboldt a Pannwitz)*. La Orotava: Excmo. Ayuntamiento de la villa de La Orotava, 2008, 436 pp. ISBN 978-84-935353-5-3.

Estamos ante el segundo libro que Nicolás González Lemus dedica a los viajeros decimonónicos de lengua alemana en Canarias; el primero, aparecido en 2003, llevaba el título de *Viajeros, naturalistas y escritores de habla alemana en Canarias* y era, en gran parte, una adaptación al español de la sesuda obra que, en 1997, había publicado Eberhard Axel Wilhelm: *Visitantes e escritos germánicos da Madeira* (Funchal: Direcção Regional dos Assuntos Culturais). En *La mirada inacabada* tenemos una publicación que está muy bien editada y proporciona información interesante, pero en la que llama la atención el singular criterio que González Lemus aplica a los viajeros, ya que profundiza en algunos y prescinde de otros, a lo que se suma la presencia de defectos y descuidos que dañan la fiabilidad de sus datos no solo desde el punto de vista histórico, sino también del filológico, sobre todo, en lo que se refiere a la traducción, lo cual se une al desaliño estilístico constante en la obra. Un ejemplo de lo que decimos lo encuentra el lector en la primera página de la introducción, donde se afirma que la conquista de Canarias se inicia en el siglo XIV y se culmina en el siguiente (p. 11). Claro que se trata de un error de *un* siglo, pero no es un hecho aislado, como también son numerosos los casos de traducción errada, todo ello aderezado con la presencia de erratas injustificables como «*venia docenti*» (p. 153), «*industria pesaba*» (p. 191),

«*Cisbus*» (p. 207), «*mildiviu*» (p. 209) o «Cima de Jinámar» (p. 221). Lo más lamentable es que esta falta de rigor en lo que se dice y cómo se dice no es nueva en la producción de González Lemus y un simple vistazo a otras publicaciones suyas lo refleja de modo irrefutable.

A la introducción siguen diecinueve capítulos (la mayoría dedicados a un solo viajero) y unas conclusiones. El primer capítulo, el más amplio del libro, se reserva con buen tino para Humboldt y es de lo mejor del libro, pues ofrece alguna puntualización interesante como la de que el famoso elogio de Humboldt tocaba al «valle de Tacoronte», no al de La Orotava (pp. 56-57) o las relaciones que mantuvo Humboldt con diversas personalidades insulares (p. 60), aunque también presenta algunas repeticiones de textos (pp. 64, 71, 75, 153). El segundo capítulo, sobre von Buch, contiene algunos párrafos totalmente ininteligibles como el siguiente: «Buch consideró el gran circo de la isla de La Palma como un antiguo cráter por solevantamiento de otra roca primitiva. Tiene igualmente una base feldespática en que encajan granates y actinota (Strahlstein). En la quebrada vecina se observan bloques aislados de esquistos micáceo con anfibolo. Las formaciones calcáreas y yesosas de Lanzarote y Fuerteventura son capas subordinadas a la formación de las tobas volcánicas; y hasta se encuentran ahí bancos de oolitos» (p. 86).

El capítulo tercero, que se dedica a los geólogos Hartung, Fritsch y Reiss, resulta aún más caótico. El título de una obra de Hartung, *Die geologischen Verhältnisse der Inseln Lanzarote und Fuertaventura*, se traduce por «Relación geológica entre la isla de Lanzarote





y Fuerteventura» (p. 89), aunque el equivalente español es *Características geológicas de las islas de Lanzarote y Fuerteventura* o, más simplemente, «Geología de Lanzarote y Fuerteventura». Se dice que Reiss estudió en «la Universidad de Edelberg», universidad que solo se encuentra en la transcripción portuguesa *Edelberga* de Wilhelm (1997: 39), mientras que, en español, la conocemos como *Heidelberg*. Según González Lemus, Fritsch, «siguiendo la tradición familiar, estudió primero en la Escuela de Minas de Eisenach» (p. 91), pero es que su padre era, como se recoge seis líneas más arriba, «inspector de Montes en Weimar» y en Eisenach lo que había era una Academia forestal. A pesar de que hay una traducción española de von Fritsch (*Islas Canarias. Cuadros de viaje*), que ofrece además el texto alemán al lado, los textos de este geólogo que reproduce González Lemus son ininteligibles. Veamos un caso: «Los que vienen por el natural dios del hielo, situado en la alta Cueva del Hielo, y llevan la ventisca acumulada a los cafés de Santa Cruz y La Orotava. En invierno, en las alturas, el granizo y nieve caídos, se amontonan a causa de los vientos en algunas cuevas, y los arrieros ayudan en primavera a quitar con palas los restos de nieve del hielo; sinterizar la masa de ventisca, después en verano se organiza este hielo en paquetes con forma de tonel, cubiertos con sal y empaquetados con fronda, más tarde, por la noche se transportan hacia las ciudades» (pp. 93-94). Otros ejemplos los tenemos cuando habla del bosque del Cedro, en La Gomera, del atún o de las costumbres de los ganaderos de El Hierro (p. 99). Se refleja también que Johannes Justus Rein, que acompañó a Fritsch en su segundo viaje a Canarias, animó a Walter Otto Kampf a publicar una memoria sobre las Islas que González Lemus comenta y donde vemos la expresión «frutas de jardín» por «frutos de la huerta» o «cultura del tabaco y del vino» en vez de «cultivo del tabaco y el vino» (p. 111), que son violentos germanismos que no contribuyen a la comprensión del texto. Tampoco el final de este capítulo resulta comprensible: «En Halle estuvo muy activo en la Comunidad Científica-Natural para Sajonia y Tubinga» (pp. 111-112), una traducción muy poco lograda del original alemán.

El capítulo cuarto, dedicado a Julius von Minutoli, está lleno de solecismos y errores. Así, por ejemplo, en un párrafo leemos: «Mantuvo relaciones con Sabin Berthelot, George Mc-Gregor y Francisco Escolar y Serrano, quienes les proporcionaron los registros de temperaturas, así como muchos otros datos» (p. 115). Se trata de un fragmento que ya estaba en su primer libro sobre viajeros de lengua alemana (2003: 61, aunque aquí *Escolar* aparece como *Escobar*) y que contradice lo que el propio González Lemus afirma en la p. 82, donde fecha la muerte de Francisco Escolar en 1826. George Mc-Gregor es, en realidad, Francis Coleman Mac-Gregor y había abandonado las Islas en 1830, de modo que tampoco pudo relacionarse con Minutoli en 1853. Un poco más adelante, un texto traducido de Minutoli reza así: «Quien en su viaje por las Canarias no soporte montar a caballo, a quien le guste ir a pie porque no hay existencia de coches, y si existieran no se encontrarían carreteras por las que transitar sin estar en peligro. El peligro existe para jinetes y caminantes, especialmente se pasa miedo cuando se va por o a través del corrientes de lava» (p. 118). A partir de estas palabras resulta difícil entender lo que ha querido decir Minutoli, que es algo tan sencillo como lo siguiente: «Los que viajen a Canarias, si no les gusta cabalgar, tendrán que ir a pie, pues no hay coches; y si los hubiera, no encontrarían caminos por los que circular sin peligro. Hay peligro incluso para jinetes y caminantes, sobre todo en los trayectos que siguen o están atravesados por corrientes de lava». Pero no solo las traducciones resultan difíciles o imposibles de entender, sino que muchas explicaciones de nuestro autor se muestran arcanas, tal y como se aprecia en el párrafo que sigue inmediatamente a la cita que acabamos de recoger (pp. 119 y 120).

De Carl Bolle, en el capítulo quinto, se dice que «Berthelot le dio una carta de recomendación a Bolle dirigida a Franzose Morel residente en Fuerteventura» (p. 127). Por supuesto, *Franzose* no es un nombre, sino el gentilicio que se aplica a Morel, un francés que tenía arrendada Jandía en los años cincuenta del siglo XIX. La traducción de lo que Bolle escribió sobre el pueblo gomero se nos presenta así: «Por el

contrario se observa una cierta propensión a un vagabundeo agitanado, que en sus bosques hace su avance buscando bayas y raíces de helechos, en realidad un cierto holgazán, que se lleva por instintos poco civilizados, pero que encuentra su explicación y disculpa al mismo tiempo en los miserables salarios, así como en la gran facilidad para subsistir sin pretensiones materiales en la vida» (p. 137). Sin comentarios.

El capítulo sexto se dedica a Fernando Maximiliano, archiduque de Austria, el futuro emperador Maximiliano I de México. Es bastante aceptable, aunque el texto que se traduce en la p. 150 resulta muy difícilmente comprensible. En cambio, el capítulo séptimo, dedicado a Haeckel y Greef, y a su «ascensión» al Teide, presenta muchos errores. Así, al mentar a la madre de Haeckel, leemos: «Su madre, Charlotte Auguste Henriette (1799-1889), era hija de Christoph Sethe (1767-1855), WGR prusiano, presidente jefe de Rhein. Revisions-u. Kassationshofs en Berlín» (p. 153). ¿Qué es WGR? Lo siguiente, a pesar de las abreviaturas, resulta fácil de entender: «Magistrado y presidente del tribunal renano de revisión y casación». Curioso queda el baile de la fecha de la muerte de Haeckel, que aquí se consigna como 1909, mientras que, en la página siguiente, aparece como 1919.

Tampoco se entienden los textos del capítulo octavo, dedicado a Karl Friedrich Noll, de quien se recogen, entre otros, textos dedicados al cultivo de la cochinilla. Sirva como ejemplo el que se refiere a los hornos en que se mataba y secaba a los insectos: «El horno para secar está construido con piedras y mantiene su temperatura a través de tubos también del mismo material. Amplias dehesas, cuyo suelo es un grueso, poroso tejido de algodón, hay pocas pulgadas entre las juntas intercaladas, de manera que tales hornos pueden contener en su espacio de cuatro lados una gran cantidad de insectos. Después que los animales se mueren y secan por el calor, son cribados para que la cubierta blanca tratada, se aleje lo más posible» (p. 177). Las mismas circunstancias se dan, dos páginas adelante, cuando se habla del vino de Tenerife.

El siguiente capítulo, dedicado a von Löher, está mejor, aunque no deja de mostrar la falta de cohesión y coherencia lingüísticas que suelen

caracterizar el estilo de González Lemus. El capítulo décimo, con numerosos errores, está confusamente dedicado a las visitas que hizo a nuestras Islas la Marina de Guerra del Imperio Austro-húngaro (calificada, a veces, de alemana), representada por las corbetas *Helgoland* y *Zrinyi* y el cañonero *Albatros*. El undécimo capítulo, dedicado a Biermann, es de los mejores: corto y claro. El duodécimo se ocupa del suizo Hermann Christ y es aceptable, ya que, en los textos, se hace uso de la traducción de Carla Reimers y Ángel Hernández, publicada por el Cabildo de Gran Canaria en 1998.

El decimotercer capítulo, influido quizá por la mala fama de este número, es bastante funesto: está dedicado a la figura del austriaco Oscar Simony, cuyos últimos momentos traza González Lemus de forma realmente curiosa: «Oscar Simony había sido un hombre alto aunque algo enjuto, que destacaba por sus grandes gritos cuando hablaba, producto de su sordera. Fue una personalidad destacable. Al enterarse de los resultados bélicos, le impresionaba tanto que, en una ocasión, cogió una pesa metálica de aproximadamente 5 kilos de peso y se la lanzó sobre sí mismo, sufriendo poco después un derrame que lo convirtió en un inválido, tanto físico como psicológico. Una tarde del 6 de abril de 1915, el profesor Oscar Simony se lanzó por la ventana del segundo piso de su casa en Gersthof Walriessgasse, núm. 116. Sufrió un traumatismo total de la caja torácica y murió a los pocos minutos. Oscar Simony encuentra el descanso eterno en el cementerio de Potzleindorf y en su tumba el escultor Lughart erigió una lápida en 1918, decorado con dos tubérculos y una imagen del busto» (p. 226).

El capítulo 14, dedicado a Aurel Krause, también es oscuro. Una curiosa errata deturpa la traducción de una de sus obras, *Tenerife, Reiseskizzen aus dem Jahre 1893*, que aparece vertida por «Tenerife, boletos de viaje del año 1893» (p. 237), con *boletos* en vez de *bocetos*. El capítulo 15 está dedicado a Hans Meyer, figura de bastante importancia para las Islas. Una de sus descripciones de Tenerife se vierte así: «El que más se le aproxima es el paisaje siciliano de la Taormina con el Etna, que aunque es inferior al valle de La Orotava, con una elevación más





modesta, pero que al caminante aparte de la sublime belleza de una gran naturaleza, emociona todavía en lo más hondo del corazón el escalofrío de una extinguida avanzada civilización. Aquí en la hondonada de Taoro, los adornos del cultivo como cultura humano ganan un vivo encanto, después de que uno se haya familiarizado de manera más cercana, con la impresión general de la creación de la naturaleza inorgánica» (pp. 245-246). No obstante, no es el peor, porque incide en la importancia de Meyer, da informaciones sobre las instalaciones hoteleras de las Islas y habla un poco de la bibliografía que manejó y las relaciones que mantuvo.

El capítulo 16 se refiere a las mujeres viajeras y está tomado, en gran parte, de los trabajos de Elia Hernández Socas. El 17, que trata de Richard von und zu Eisenstein y su guía turística de las Islas (1908), no está mal. El 18 habla de la expedición del Politécnico de Zúrich de 1908, con Künzli, Bolleter, Schrötter y Martin Rikli. Esto da idea de que, cuando existe traducción, González Lemus trabaja mucho mejor. Da noticias interesantes sobre Oscar Burchard (lo de Kessels no se entiende) y su mujer. De Bolleter destaca el fragmento del capítulo quinto de su obra, en que retrata al viejo Hermann Wildpret. El 19 y último trata de Gotthold Pannwitz y la expedición de 1910; nos informa de las vicisitudes de la Humboldt-Kurhaus, de la actividad de Hergesell, de Wenger, y de algunos otros. De Hergesell se dice que «estudió en Estrasburgo entre los años 1878 y 1881. Allí fue maestro superior de primera enseñanza en el Instituto de Enseñanza Media» (pp. 309-310). Lo cierto es que se confunde *Oberlehrer* 'catedrático de enseñanza media' con un supuesto 'maestro superior'; en fin, una confusión entre enseñanza primaria y secundaria que el lector no se aclara. Lo curioso de este capítulo es que desde la p. 322 hasta la 379 incluye un amplio fragmento de Jean Mascart, de cuya obra no se cita jamás la traducción que llevaron a cabo Curell, Uriarte y Privat. La última parte de este capítulo se titula «El triste final de los alemanes en Las Cañadas»

y se relaciona con un libro anterior de Ory Ajamil y González Lemus (2002), donde se estudia la historia del observatorio en la órbita de los intereses germanos.

Las conclusiones (pp. 393-396) incluyen la opinión de von Löher sobre el origen vandálico (los cree descendientes de los vándalos de Genserico, asentados en la antigua Cartago) de los guanches, la visión amable que los germanos tenían de los canarios (la figura del buen salvaje) y su descubrimiento de nuestro magnífico clima, que permite lo que González Lemus llama «la vida exterior de los isleños» (p. 395), en el sentido, suponemos, de que gran parte de la vida se desarrollaba en la calle. Acaba con el fin del sueño acerca de construir un centro médico en Las Cañadas. De los apéndices bibliográficos hay que decir que, a pesar de lo que parece, la «bibliografía general usada para el presente trabajo» y la «bibliografía general para ampliar conocimiento», que aparecen separadas, recogen muchísimas obras comunes, entre las que está, por ejemplo, la siguiente y muy sorprendente entrada bibliográfica: «Helgoland, Corvette. «Die Reise S.M. Corvette Helgoland an der Westküste Afrikas in den Jahren 1884-85» en *Mitteilungen aus dem Gebiete des Seewesens* 12. Beilage, 1885». De nuevo, sin comentarios. Y, por supuesto, no entramos en las numerosísimas erratas al tratar de nombres y obras alemanes. Valga como ejemplo la editorial lipsiense *Duncker und Humblot* que aparece siempre como *Duncker und Humboldt*.

En suma, González Lemus proporciona numerosos datos, pero su expresión se ve muy perjudicada por los frecuentes solecismos de su característico *usus scribendi*. A este desaliño expresivo se unen aquí una confusa mezcla de datos, que parecen seguir el dulce vagar de la conciencia, y unas traducciones incomprensibles, que desmejoran mucho el ingente trabajo desplegado en sus investigaciones.

José Juan BATISTA RODRÍGUEZ y
Francisco Javier CASTILLO